

Reflexiones en torno a la pasión

Entrevista con Rafael Argullol

Rafael Argullol, narrador, poeta y ensayista es autor de veinticinco libros, siendo los últimos publicados *El afilador de cuchillos*, *Manifiesto contra la servidumbre*, *El puente de fuego*, *Breviario de la Aurora* y la *Enciclopedia del Crepúsculo*. Ha intervenido en diversos proyectos teatrales y cinematográficos. Como profesor ha enseñado en universidades europeas y americanas. Es actualmente Catedrático de Estética de la Universidad Pompeu Fabra. Colaborador habitual en diarios y revistas, ha vinculado con frecuencia su faceta de viajero y su estética literaria. En 1993 ganó el Premio Nadal con *La razón del mal* y en 2002 el Premio de Ensayo Casa de América con *Una educación sensorial*.

Paradigma. Profesor Argullol, en su *Breviario de la Aurora* (El Acantilado, 2006) define la Belleza como “una luz inextinguible en el bosque de piedra”. Esta hermosa metáfora ¿cómo estaría relacionada con la Estética, disciplina de la cual es usted docente e investigador?

Rafael Argullol. Estaría relacionada desde la perspectiva de que la estética trata de una experiencia que directa o indirectamente tiene que ver con la belleza. Y la Belleza trataría de algo que es consustancial al ser humano, vinculado a los propios interrogantes que suscita la condición humana en relación a los límites de dicha condición; al tiempo, a la muerte, a la posibilidad de horizontes que nosotros sólo intuimos misteriosamente. Mi utilización del término Belleza tiene que ver con este paisaje de interrogantes sin respuestas o sin respuestas unívocas. Y creo que la estética en su enfoque principal siempre está relacionada con esa experiencia de lo misterioso que se refleja en nosotros de una manera sensorial.

P. Nietzsche afirmó: tenemos el arte para no morir de la verdad. En estos tiempos de certezas selladas y de caminos restringidos, ¿qué sentido puede tener el arte? ¿Cuál debe ser su estrategia?

R. A. La afirmación de Nietzsche se produce en la última etapa de su itinerario intelectual. Previamente, en *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche había visto al arte como la esfera salvadora de lo humano. Más escéptico en este último periodo, Nietzsche se hace pocas ilusiones acerca de la existencia de verdades absolutas. Pero frente a la religión, la política o incluso el mito del progreso, Nietzsche concede al arte una especie de concepto de la mentira desde donde ejerce su verdad. Creo que en nuestros tiempos el arte debería dar su vertiente intempestiva frente a visiones demasiado acomodaticias de lo artístico que han predominado en la segunda mitad del s. XX. Y en esa reivindicación el arte debería abordar otra vez el horizonte de la trascendencia humana más allá de toda creencia religiosa, en una época dominada por el pragmatismo y el positivismo más trivial.

P. Refiriéndonos al mismo libro suyo anteriormente mencionado, usted define de un modo muy conciso la voz Pasión como "caída y resurrección". ¿Podría explicarnos más esta definición tan enigmática?

R. A. Para mí la pasión entendida a través de esta definición metafísica incluye dos ángulos complementarios: de un lado, la pasión como intensidad; de otro lado, la pasión como esfuerzo y sacrificio. Pienso que ambas dimensiones de lo pasional van íntimamente unidas. Nosotros deberíamos movernos en la vida con una capacidad de intensidad que no excluya el riesgo ni el sacrificio; lo cierto es que precisamente esta actitud es la que puede ofrecer los mejores frutos. De ahí que la pasión sea un continuo movimiento de muerte y resurrección.

P. En la actualidad política, de clara tendencia servil, y cuya credibilidad se ha visto seriamente dañada en los últimos años por la imposición del camino único, ¿cree que es preciso la consideración de la pasión en la política? ¿Qué efecto podría tener?

R. A. En la política, la pasión va estrechamente vinculada con la utopía. Tras la desastrosa traducción de las utopías sociales del s. XIX en el XX, con las nefastas consecuencias de los totalitarismos, hubo en el último tercio del pasado siglo una clara retracción en relación a la utopía. En general, la población y también los intelectuales se mostraron temerosos de mencionar nada relacionado con esta palabra y, por lo tanto, se abogó por una pérdida de la pasión en la política. Sin embargo, yo creo que lo que fracasó desastrosamente fueron las utopías cerradas y dogmáticas y que, en oposición a ellas, siempre debe mantenerse un horizonte utópico frente al dominio pragmático que nos ofrecen burócratas y tecnócratas. Lo utópico es la presencia del deseo en todos los terrenos de la existencia y también en el político. Y evidentemente, desde este mirador, lo pasional debe ser reivindicado en la política frente a la fría gestión.

P. Usted en su Manifiesto contra la servidumbre (Destino, 2003) afirma: "una teología simple encabalgada en una tecnología destructiva abrumadora sólo admite servilismo y, en sustancia, el mundo, por lo general, sólo ha ofrecido servilismo." ¿Qué futuro depara este estado histórico?

R.A. La conjunción de tecnología con el esquematismo teológico es altamente peligrosa, tal como estamos observando estos días en los que armas muy potentes están en manos de cerebros muy simples. Me refiero no sólo a Corea del Norte o Irán, sino a personajes como Bush. Como alternativa creo que debemos alejarnos tanto de las simplezas teológicas como de una visión tecnológica del mundo. La tecnología debería ser reconducida hacia la importancia del conocimiento sobre el consumo. Y por otro lado la tecnología debe mantener el respeto a la complejidad de lo sagrado y, por tanto, apartarse de fórmulas simples y mesiánicas. Es en ese sentido que el binomio teología-tecnología puede ser letal al servicio de concepciones simplistas.

P. Una cuestión relacionada con la ciencia actual, sobre la que usted ha escrito metafóricamente que deseamos tanto la antorcha de los dioses que nos hemos lanzado a una carrera sin fin. La ciencia, al contrario que el arte, progresa irremediabilmente y esa carrera sin final es, para la mayoría de los científicos, la consecuencia de una actitud que lleva funcionando desde hace siglos: el mundo que nos rodea es inteligible. ¿Ve algo peligroso en esa carrera que menciona?

R. A. El peligro de esta carrera estriba en la pérdida de conciencia por parte de la ciencia. Es alarmante la ausencia casi total de reflexión y crítica en ambientes científicos altamente especializados. Una demostración de esto fue la escasa protesta de los científicos y las universidades americanas ante el comprobado engaño sobre las armas de destrucción masiva que dieron lugar a la guerra de Irak. Los científicos tenían mucho que decir al respecto pero no lo hicieron. Naturalmente soy un defensor de esa carrera que nos crea la ilusión de competir con los dioses pero siempre que tengamos una conciencia trágica de nuestros límites y flaquezas. La inexistencia de esa postura autocrítica puede provocar que la ciencia, uno de los grandes motores humanos, sea un caudal apocalíptico.

P. Finalmente, Profesor Argullol, como sabe este número de nuestra revista se centra en la discusión y actualidad de la pasión como fuente de conocimiento, pero hoy día ¿sería ingenuo mantener una actitud pasional ante la vida?

R. A. Yo creo que la pasión siempre será una fuente de conocimiento porque es una forma de mediación entre el mundo de las ideas y el mundo de las emociones. Incluso el conocimiento más abstracto, pongamos por caso el de las matemáticas, no se puede desarrollar sin la intervención del componente pasional. No obstante, el argumento más contundente a favor de la pasión es que unifica los planos de la teoría y la práctica, del conocimiento y de la experiencia, y eso es algo decisivo puesto que el conocimiento sin vida no es conocimiento, y la vida sin conocimiento no es vida.

Esta entrevista fue concedida por el
Profesor Rafael Argullol en septiembre de 2006